

los Indios; que protegería aquellos pueblos lejanos que ella había deseado tanto colocar bajo el estandarte de la Cruz, y que reintegraría en sus derechos, títulos y gobierno al Virey de las Indias, don Cristóbal Colon. Aquel rumor estaba perfectamente fundado. Hasta se decía en Sevilla que la Reina había hablado de Colon en su testamento (1), pero era un error. Razones de prudencia le impusieron un silencio que, lejos de acusar olvido, atestiguaba su fiel recuerdo. Se abstuvo de toda disposicion á favor del Almirante por interes del mismo. Bastantes enemigos tenía ya, y temía para él la animosidad del Rey; porque la ausencia de Colon ni tranquilizaba á los envidiosos ni moderaba sus esfuerzos.

Mientras que él exponía su vida por Castilla, en el mismo momento en que varaba en Jamáica, sintiéndose apoyadas las Oficinas de Sevilla por una elevada influencia, pedían á la Reina en la actualidad imposibilitada por su falta de salud de despachar tan pronto como ántes los negocios, que se dignara designar cerca de ella á alguna persona de confianza, á quien se dirigirían ellos en lo tocante á la administracion de las Indias y á las empresas en los mares de Occidente. Una carta fechada en Alcalá, á 5 de julio de 1503, contestando á las Oficinas de Marina, patentiza las importunidades y obsesiones de los perseguidores del grande hombre. Presentaban concurrentes y contratistas de empresas en violacion de los derechos y tratados del Almirante. Sin admitirlas, designó la Reina para recibir las comunicaciones de ese género á Ruiz de Castañeda, secretario de la Real Cámara (2).

Al conocer que se debilitaban más y más sus fuerzas, vistióse Isabel el hábito de la tercera orden de san Francisco (3), cuya regla seguía desde algunos años ántes, y recibió el Santo Viático con todo el fervor de su piedad. Mostróse dulce en presencia de la muerte. La firmeza real y gracia de su sexo no la abandonaron hasta su postrer momento. La postracion de sus miembros, la debilidad de todo aquel cuerpo tan secretamente torturado, sus párpados cerrados hacían su agonía semejante al sueño del sepulcro. Administráronle la Extremauncion, postreros auxilios de la Iglesia para el alivio de los enfermos. Su inmovilidad era completa. Pero cuando se trató de descubrir sus piés para la uncion santa, un repentino estremecimiento agitó á la moribunda. El pudor sobrevivía al aniquilamiento; hizo un gesto, recobró sus fuerzas para hacer bajar las sábanas, retirar y cubrir sus piés (4), que nadie, exceptuado su esposo, ni aún sus damas, habían visto nunca desnudos.

(1) *Cartas del Almirante D. Cristóbal Colon á su hijo D. Diego.* — Carta fechada en Sevilla el viérnes 13 de diciembre de 1504.

(2) *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España.* Tomo XIII, pág. 496.

(3) «Cujus corpus habitu sancti Francisci reconditum animam Deo reddidit.» — Lucius Marineus Siculus, *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, liber XXI, § de Isabellæ regiae morte.

(4) «Non erit silentio prætereundum tantum fuisse in ea honestatis et pudicitiae copiam, quod et dum

Todavía duró algunas horas la lucha contra la destruccion, y el mártir, 26 de noviembre (1) del año 1504, á eso del medio día (2) se exhaló hacia su Dios aquella exquisita esencia de todas las virtudes.

Con ella se eclipsó la gloria y felicidad de las Españas.

§ II.

Cruelles angustias agitaban el corazón del Almirante todo este tiempo; estremeciase á la idea de perder aquella reina, que era el alma de los descubrimientos, la patrona de los Indios, la protectora de lo verdadero y de lo justo, la imágen de lo bello y de lo bueno, el ideal de la superioridad regia. Dirigía á la Santísima Trinidad (3) sus preces por la conservacion de la vida de Isabel.

Cristóbal Colon había combinado un medio para ir á Medina del Campo desde luego de su llegada á Sevilla. Como no se hallaba en disposicion de soportar el paso del caballo y las intemperies de la estacion, imaginó hacerse trasladar en brazos; pero una silla de manos de dimensiones ordinarias no habría sido conveniente á su estado; y, á fin de evitar los retardos, resolvió (¡tan ardiente era su deseo!) hacer el trayecto en la litera de un muerto; la misma litera en que se habían colocado los restos del último arzobispo, el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza. El Almirante suplicó al consejo del cabildo del arzobispado de Sevilla que se dignara prestarle para su viaje las andas fúnebres, porque su estado no le permitía ningun otro medio de transporte. En los archivos de la Catedral se vé que se celebró una sesion el día 26 de noviembre del año 1504 por el consejo del cabildo para deliberar acerca de la peticion del Almirante de las Indias (4). Con

unctionem extremam reciperet, etsi jam semianimis esset, pedem nudum in quo unctio poneretur, nulli etiam alcuni familiari neque mulieri ostendi pateretur... etc.» — *Historia palentina.* — «Cuya honestidad fué tanta hasta que el ánima se le quería salir, que cuando le daban la extrema uncion no consintió que le descubriesen el pié... etc.» — *Las cosas memorables de España.*

(1) «Obiit autem Hispaniarum maximum decus in oppido methyna campi, die vigesimo sexto novembris anno millesimo quingentesimo quarto.» — Lucii Marinei Siculi, *De rebus Hispania*, lib. XXI.

(2) «Obiit 1504 die 26 novembris inter undecimam et duodecimam prope meridiem.» — *Apuntamientos de Pedro de Torres.* Biblioteca Real, núm. 96, fól. 10. — Hemos debido precisar minuciosamente el día y la hora de esta muerte, para fijar la incertidumbre que ocasionan las diferencias de las fechas atribuidas á ese acontecimiento por historiadores acreditados. Lucius Marineus era capellan del Rey, y Pedro de Torres, hermano de Doña Juana, el ama del Infante, había sido secretario de los Decretos de la Reina.

(3) «Plega á la Santa Trinidad de dar salud á la Reina nuestra señora.» — *Carta de D. Cristóbal Colon á su hijo D. Diego.* En Sevilla, primero de diciembre del año 1504.

(4) «Este día mandaron sus mercedes que se preste al almirante Colon las andas en que se trujo el cuerpo del señor Cardenal D. Diego Hurtado de Mendoza.» — *Archivo de la contaduría de la Santa Iglesia de Sevilla.* — Coleccion diplomática, núm. CLIV.

todo, á pesar de su deseo de complacer al Almirante, como su notoria pobreza no tranquilizaba á los Señores del Cabildo respecto á los deterioros y perjuicios que pudieran ocasionarse á las andas en los accidentes del camino, no se consintió en el préstamo de las dichas andas mortuorias sino con la condicion de que el veedor de Sevilla, Francisco Pinelo, tesorero de la marina, se obligara personalmente á mandar devolver en buen estado dichas andas á la catedral de Sevilla (1).

Colon proyectaba seguir entónces el camino mucho más largo, pero más cómodo de *la plata*, la antigua vía romana que de Mérida conduce á Salamanca. Sin embargo no pudo ponerse en camino; porque la agravacion de su estado y el inusitado rigor del frio no le permitieron abandonar el lecho.

Por la misma correspondencia del Almirante sabemos que cada semana llegaban á Sevilla correos de la Corte; no obstante, el 13 de diciembre ignoraba Colon todavía esta calamidad, y preparaba la partida de su hermano don Bartolomé, de su hijo Fernando y del celoso Carvajal. Él oraba por la angelical soberana, cuando ya ella debía haber cobrado el premio celestial de sus obras.

Por fin supo su muerte.

¿Quién será capaz de explicar el quebranto de aquel corazon heróico y la amargura de su dolor? El padre que pierde á su hija única no siente en sus entrañas un dolor más agudo. Para pintar aquella indecible afliccion, sería preciso poder medir en su sublimidad aquella atraccion de dos almas que la Providencia habia predestinado para elaborar la empresa más grande de las razas humanas. El dolor de Colon, por su inmensidad, llegaba al infinito; su padecimiento múltiple era grande como el espíritu que animó el cuerpo de la reina lleno de indecible majestad. Era el quebranto de una simpatía superior arraigada en la ternura del alma, dilatada al soplo del entusiasmo por las bellezas de la naturaleza, fecundada por los esplendores de la fe, y vivificada en el Cristo, que era su principio, proteccion y fin inmortal.

El hombre que habia hallado un Mundo y deslindado el Océano, no podia medir la inmensidad de su pérdida.

Acababa de romperse el único apoyo que tenía en este mundo; habia perdido mucho más que una protectora, más que una soberana; habia perdido una amiga. Si, la reina amaba con filial ternura y honraba con respetuosa deferencia al hombre que Dios le habia enviado para doblar el mundo conocido. Isabel encontraba en Colon sus propias cualidades, es decir, sus eminentes virtudes. Admiraba además aquella modestia de héroe, aquella sencillez de santo, aquel candor de

(1) «E se toma una cédula de Francisco Pinelo que asegure de las volver á esta iglesia, sanas.» — *Archivo de la contaduría de la Santa Iglesia de Sevilla*.— Coleccion diplomática, núm. CLIV.

niño y de poeta, virginalmente guardado en el corazon del triunfador del Océano al traves de las vicisitudes de los años y de sus trabajos fabulosos. Amaba al contemplador de la Creacion, que presentia las leyes de la naturaleza, y en sus pintorescos coloquios le confiaba con ardor los secretos de sus percepciones, con la eterna frescura de la inspiracion y el lenguaje tan característico del talento. Cierta involuntario respeto inclinaba á la gran Isabel, la reina más venerada, hacia ese anciano en cuya frente se revelaba la grandeza y la majestad y que, aún en este mundo, brillaba con el sello de la inmortalidad.

Ella sola veía claramente esas grandezas: ella sola sentía el respeto que imponía su mision providencial; porque, exceptuadas algunas almas escojidas, algunos obispos y algunos religiosos, los demas españoles no descubrian en él más que un elevado funcionario de la marina que servía á la corona en un país extranjero, un almirante casi siempre alejado en un Océano poco conocido, y á quien hacia siempre algo sospechoso su origen genoves. Ella sola habia sostenido sus ideas, su administracion, contra las Oficinas de la Marina, contra los cortesanos, contra los consejeros, contra la voz pública, contra el mismo Rey, y no habia cedido sino una sola vez á la ilusion de las apariencias; porque era preciso tambien que la imperfeccion humana, que la debilidad de la mujer se viera en el curso de esa amistad sin igual. Mas habia reparado su error derramando secretamente lágrimas de ternura sobre el infortunio cuyo cómplice habia sido involuntariamente un solo instante.

Para el alma de Colon no habia existido aquel instante. En la incomparable Isabel veía siempre el tipo de la pureza, de la constancia y de la fidelidad á la palabra, la flor de las gracias femeniles y la poesia de la humanidad (1). ¿Á

(1) Francia, país donde la gloria halla hospitalidad, tierra de justicia histórica, no conoce bastante la vida de la noble Isabel. Debe, no obstante, á D. Fernando Denis, autor de las *CRÓNICAS CABALLERESCAS DE ESPAÑA*, una noticia muy importante acerca de la Reina Católica, publicada algunos años há en la *Revista de Paris*. Despues de este trabajo, notable bajo todos conceptos, los juicios del sabio abate Rohrbacher, autor de la *Historia general de la Iglesia*, y los de M. Rosseeuw-Saint-Hilaire, autor de la *Historia de España*, componían lo que poseíamos más completo acerca de la vida de Isabel, cuando el ilustre Padre Ventura de Raulica, tan justamente apellidado el Bossuet italiano, en una obra monumental escrita en frances con una alma enteramente francesa, ha venido á popularizar entre nosotros la gloria de esta gran Soberana.

La Reina Católica encontraba naturalmente su puesto entre los modelos de la grandeza y de la piedad que tan magníficamente expone á nuestra contemplacion el libro de la MUJER CATÓLICA. El maestro de los oradores italianos, que es tambien el primero de los predicadores franceses, y no tiene otro émulo que el célebre dominico Lacordaire, hombre único en su género, asombroso poco há por la palabra, y no ménos admirable ahora por su silencio, el Reverendísimo Padre Ventura de Raulica, usando de la autoridad que le pertenece, ha demostrado la excelsa superioridad de la Reina Isabel sobre su esposo; ha desarrollado el maravilloso papel que le confirió la Providencia en el descubrimiento del Nuevo Mundo; ha reducido á su justo valor á Fernando el Católico; ha descubierto la verdadera causa de su fama, y sabido indicar sucintamente con apreciaciones llenas de profundidad el verdadero carácter de aquel rey, que no fué grande sino con Isabel y por Isabel. Para que nuestros lectores se formen una idea exacta de la Reina Católica, les remitimos á la magnífica obra la MUJER CATÓLICA, continuacion de las MUJERES DEL EVANGELIO.

quién contaría él en lo sucesivo los arrobamientos que le producían las maravillas de las regiones desconocidas? ¿Para quién emprendería él nuevos descubrimientos? ¿Quién le seguiría ahora con el pensamiento y le agradecería sus fatigas? ¿Quién le auxiliaría para realizar finalmente el objeto definitivo de sus esperanzas, el rescate del sepulcro de nuestro Salvador?

Cuando Colon comprendió que se había realizado su desgracia, que la Reina había muerto, sintió frío en el corazón. Su dolor indecible no podía ser fielmente expresado: abismóse en el silencio de una amargura infinita. Sólomente se sabe que sus dolores físicos se doblaron cruelmente. Él, siempre tan rudo y lacónico en lo que le atañe personalmente, confiesa en su primera carta á su hijo que hace un grande esfuerzo para escribirle en aquel momento «á pesar del horrible mal» que ha experimentado (1).

El más ilustre guerrero de España, Gonzalo de Córdoba, se hallaba también entonces transido de dolor, y las lágrimas surcaban el rostro del Gran Capitán. Aquella muerte le abrumaba con indecible dolor (2). El elegante latinista de la corte, Pedro Martyr, escribía al arzobispo de Granada: «Mi derecha se me cae de dolor, y, sin embargo, me esfuerzo en escribir... ¡La Reina exhaló aquella alma inmensa, distinguida por la excelencia de las acciones! ¡la faz de la tierra se vé privada del admirable ornamento sin ejemplar hasta ahora (3)!...»

Luégo que se hubo retirado del mundo ese prodigio de honor, union y confianza, reapareció al instante el espíritu de discordia. En las elevadas regiones de la Corte estallaron en seguida desconfianzas y descontentos; contristáronse los ánimos, y graves inquietudes asaltaron á los hombres pacíficos y previsores. El maquiavelismo se apoderó de la política; las envidiosas medianías, los astutos hipócritas levantaron la cabeza; los buenos y los justos se hicieron sospechosos: en tanto en los pueblos rurales se presentían calamidades y se abrigan temores de miseria pública.

Hasta parecieron cambiadas las influencias celestes. Excesivas intemperies, verdaderos desórdenes atmosféricos señalaron aquella época de luto y lamentos. Negros nubarrones velaban el horizonte; el sol no se dejaba ver; incesantes lluvias inundaban la tierra, destruían los caminos y causaban desbordamientos. Todas las llanuras quedaron cubiertas de agua, podridas las simientes, sobrevino una

(1) *Memoria escrita de puño propio del Almirante para su hijo D. Diego.*

(2) «Nec multis inde diebus Regina fate concessit, incredibili cum dolore atque jactura Gonsalvi.» — Paulus Jovius, *Vita illustrorum virorum*, fól. 275.

(3) «Cedit mihi pro dolore dextera. Cogor tamen scribere... animam illam ingentem insignem, preclare gestis optimam Regina exhalavit. Orbata est terræ facies mirabili ornamento, inaudito hactenus...» — Petri Martyris Anglerii, *Opus Epistolarum*, liber decimus septimus. Epist. cclxxviii.

carestía general. Poco faltó para que las aguas se llevaran el ataud de la Reina que era conducido á Granada, conforme á su voluntad. El capellan del Rey encargado de dirigir la comitiva fúnebre, dijo que los nacidos no habían visto nunca un diluvio semejante. Más de una vez corrió peligro su vida en la lúgubre excursion (1). Las cartas del Almirante hablan del mal estado del mar, que detiene las embarcaciones en el puerto de San Lúcar, y de la inundacion sufrida en Sevilla por el desbordamiento del Guadalquivir (2). La miseria, las disensiones, el hambre, la relajacion de la justicia, atestiguaron muy pronto que la Reina ya no existía. España estuvo á punto de caer en la anarquía, y de ver otra vez dividido su territorio.

Nosotros empero debemos ceñirnos á la parte de los acontecimientos que atañe al Almirante.

§ III.

Colon, después de su desembarco, no podía abandonar el lecho, ni valerse de sus manos, sobre todo durante el día, á causa de una extremada debilidad que le privaba de sostener la pluma y no le permitía escribir sino de noche (3). Véase obligado á tomar para su correspondencia y discusion de los negocios algunas de las horas destinadas al sueño; y sin embargo asombra todavía la actividad de su espíritu en medio de sus padecimientos.

Había sabido desde su llegada que el sumo pontífice Julio II, enterado á no dudarlo de las relaciones establecidas entre sus predecesores y el Revelador del Nuevo Mundo, se quejaba de no recibir noticias de las Indias por conducto del mismo, por lo que envió una Memoria acerca de sus descubrimientos al Gefe de la Iglesia. Temeroso empero de que sus comunicaciones oficiosas con la corte pontificia dieran pretexto para nuevas acusaciones, ántes de enviar dicho documento á Roma, creyó prudente dar copia del mismo al Rey y al nuevo arzobispo de Sevilla, el dominico Diego de Deza, su amigo, y en otro tiempo su defensor en la célebre conferencia ó junta de Salamanca.

(1) En su primera carta del año 1505, habla Pedro Mártir de esa perturbacion general de la atmósfera: «*Cælorum illa rabies inaudita.*» — Petri Martyris Anglerii, *Opus Epistolarum*, liber decimus septimus. Epistolarum cclxxix.

(2) «Unos navíos detiene en San Lúcar el tiempo...» — «Las aguas han sido tantas acá que el rio entró en la ciudad.» — *Viérnes, 13 de diciembre de 1504.* — *Cartas de D. Cristóbal Colon á su hijo D. Diego.*

(3) Cristóbal Colon. — «Mi mal no consiente que escriba salvo de noche, porque el día me priva la fuerza de las manos.» — *Cartas de D. Cristóbal Colon á su hijo D. Diego.* — En Sevilla, primero de diciembre de 1504.